

EL CANTO

DEL UROGALLO



*-¡Oh, lirio irisado! –dijo Alicia, dirigiéndose hacia una flor de esa especie que se mecía dulcemente con la brisa-. ¡Cómo
- ¡Pues claro que podemos hablar! –rompió a decir el Lirio-, pero sólo lo hacemos cuando hay alguien con quien valga*

Como tenía por costumbre, aquella mañana de invierno Tomás se levantó temprano. Abrió la ventana y contempló las calles del pueblo cubiertas de nieve.

Tomás vivía solo en la misma casa destartalada donde nació hacía ya setenta y tres años. Toda su vida había transcurrido en aquel lugar, una aldea perdida en la montaña. Ni los problemas de salud ni la insistencia de su hija para que se fuera a vivir con ella a la capital, habían sido suficientes para arrancarle de su mundo. Su apego a la tierra y su amor a la naturaleza eran sus argumentos más fuertes. Tomás los exponía con voz pausada y una claridad impropia de alguien sin estudios. Ni el médico ni la hija eran capaces de rebatirlos. Ésta, resignada ante la firmeza de las opiniones de su padre, terminaba siempre dejándolo por imposible: “¡Hay que ver, padre, qué tozudo es usted! Y si le pasa cualquier cosa ¿qué va hacer usted aquí solo?” Pero a Tomás lo peor que le podía pasar era tener que vivir en la ciudad,

en un mundo que no era el suyo y al que era incapaz de adaptarse. Cuando iba a visitar a su hija, como solía hacer todos los años por Navidad, no podía estar allí mucho tiempo: al tercer día le entraba la angustia y ya no podía parar, hacía las maletas y se volvía al pueblo.

El relente que llegaba de la calle, todavía en penumbra, le hizo cerrar la ventana. Tomás hacía lo mismo todas las mañanas: tras el desayuno, miraba el calendario para saber qué día de la semana era. Con su vista cansada repasaba, ayudándose con el dedo, la fila de días hasta dar con el primero sin tachar: “Hoy es domingo” se dijo. Después, aunque el tiempo fuera malo, salía a caminar durante horas. Ahora, en invierno, sus paseos eran más cortos, la nieve acumulada en las umbrías y en los ventisqueros dificultaba el paso, por lo que sólo llegaba hasta el prado de Mura; pero en verano subía incluso la cuesta Barculente y se quedaba horas contemplando el valle.

Al abrir la puerta, recordó las advertencias de su hija: “No salga muy pronto por las mañanas y abríguese bien, no vaya a coger una pulmonía”. Tomás cogió aquel abrigo de los tiempos de maricastaña, la boina pringosa de siempre, se calzó las madreñas y buscó, casi a tientas, la vara de avellano que era, desde hacía muchos años, su única compañía en el monte. Miró a su alrededor un par de veces para comprobar que no se le olvidaba nada y, aunque aún no había amanecido, salió a la calle.

Desde el puente vio llegar a los cazadores. Hacía frío y el cierzo zarandeaba de acá para allá minúsculas partículas de la nieve caída durante la noche. Un sol mortecino empezaba a asomar por la ladera del Orbillo, luchando penosamente por abrirse un hueco entre la niebla. La algarabía de hombres y perros bajando de los vehículos rompió el silencio del valle. Con ellos iba Juan, guarda de la Reserva y antiguo vecino del pueblo. Mientras conversaba animosamente con



*me gustaría que pudieses hablar!
la pena hacerlo.*

cia a través del espejo (Lewis Carroll)

inferior cuyas opiniones no cuentan. Y eso desagradaba profundamente a Tomás, que, al escuchar las palabras de Juan, no pudo evitar que una mueca, entre triste e irónica, se dibujara en su rostro. “¿Daños a la agricultura?” pensó “¿Qué agricultura?”

Allí ya no había ni agricultura ni agricultores, alrededor del pueblo sólo quedaba un cinturón de praderas invadido por las escobas y, en medio de ellas, en un rectángulo de cincuenta metros cuadrados, su sembrado de patatas. Recordaba que, a veces, los jabalíes entraban en el sembrado y se pasaban toda la noche hozando y desenterrando los tubérculos. No dejaban ni un centímetro cuadrado sin revolver. Pero a él no le importaba. Lo cierto es que, aunque llevaba casi toda la vida trabajando en el pequeño huerto, nunca le habían gustado las patatas. Las sembraba, las cosechaba, las guardaba en casa, y todas, salvo las que volvía a sembrar, terminaban por perderse. Lo hacía para entretenerse y porque le gustaba la sensación que producía la tierra húmeda entre las manos.

Antes era distinto. Repartía las patatas entre los vecinos del pueblo y eso constituía para él un motivo de alegre convivencia, de charla con amigos de toda la vida. Como Dolores, que siempre le abría la puerta enlutada hasta las cejas, con aquel pañuelo que le cubría casi la mitad de la cara y esbozando siempre la misma sonrisa, amplia y desdentada. Hablaban los dos durante un buen rato de sus achaques, del tiempo, del trabajo de los hijos en la capital, de lo mucho que habían crecido los nietos... Al final, la buena mujer, agradecida, le regalaba a Tomás un tarro de mermelada de arándanos. Esos arándanos que con tanta paciencia y esmero recogía al final de cada verano. Pero un buen día, cuando Dolores debía estar por los setenta años, vinieron sus hijos y se la llevaron a la ciudad y Tomás no volvió a saber nada de ella. Desde entonces, siempre que pasaba por la calle del Pozo, que era donde ella vivía, miraba de reojo la puerta cerrada a cal y canto y la fachada desconchada de la

casa de Dolores y apretaba el paso como queriendo alejarse de la pena que le invadía. Ahora apenas quedaban vecinos en el pueblo. Fijos, sólo Enrique y Luisa, su mujer, dos buenas personas que se desvivían por Tomás. El invierno pasado, cuando tuvo el ataque de lumbago, Luisa estuvo más pendiente de él que de su marido. Por las mañanas, a primera hora, ya estaba en casa de Tomás preparándole el desayuno, y por la noche le daban allí las tantas entre hacer la cena y fregar los cacharros. Y al pobre de Enrique, no sólo no le parecía mal aquello, sino que además, cuando su mujer le dijo lo mal que estaba el tejado de la casa de Tomás, se pasó todo un día reparando las goteras que amenazaban con inundarle toda la casa. Sí, dos buenas personas. ¡Lástima que a ellos tampoco les gustasen las patatas!

Siguió con la mirada la cuadrilla de cazadores que se alejaba hacia el brezal, dejando tras de sí un rastro de pisadas en el suelo nevado. Los perros se movían nerviosos, yendo y viniendo, olisqueando las piedras y los matojos de enebro. El sol empezaba a deshelar la nieve y las primeras gotas se escurrían deslizándose por los maltrechos tejados de las pocas casas que aún quedaban en pie. También el cierzo parecía amainar y ya sólo movía débilmente las hojas marcescentes de los robles de la Solana.

El recuerdo de Dolores le sacó del duro invierno en el que estaba sumida en esos instantes la vida de la montaña, y le transportó a otro tiempo, a una dulce primavera de hace muchos años. Se vio a sí mismo subiendo por el camino que ahora seguían los cazadores, con el viejo morral al hombro, la vieja chaqueta de siempre y los mismos zapatos, una y mil veces remendados, con los que tantas veces había subido hasta la majada de Ombellina. A pesar de todo, iba feliz, caminando por las praderas del Valle Bajo repletas de narcisos, escuchando el cantar desahogado de los petirrojos y el estridente parloteo del mirlo. Atrás dejaba un pueblo bullicioso, vivo, con niños jugando en la

los miembros del grupo una columna de vaho ocultaba su rostro.

- ¡Venga! –decía Juan mientras se frotaba vigorosamente las manos-, vamos a ponernos en marcha rápidamente que los días son muy cortos todavía y hay que aprovechar bien el tiempo. Y ya sabéis que el objetivo de las batidas que vamos a dar estos días es controlar el número de jabalíes para reducir los daños que producen en los vehículos y la agricultura, así que cuando localicemos la piara hay que disparar sin miramientos.

Juan había cambiado desde que consiguió el puesto de guarda. Era un cambio casi imperceptible, pero los que le conocían bien notaban ese nuevo aire de autosuficiencia con el que se dirigía a los demás. Aquel muchacho tímido que apenas se atrevía a pronunciar palabra, se había transformado en un hombre resuelto, que repartía órdenes con desparpajo y que, cuando conversaba con sus antiguos convecinos, lo hacía con displicencia, como quien habla con alguien

plaza, hombres y mujeres afanados en sus quehaceres y ancianos tomando el sol a la puerta de la iglesia.

Ombellina era una amplia pradera circular rodeada por el bosque. El agua del hontanar de Cueva Oscura, repartida en varios arroyos, la regaba generosamente, lo que hacía de buena parte de la vega un verdinal, en el que nunca, ni en los veranos más secos, faltaba el agua. Una cabaña bien cuidada era el acogedor hogar de los hombres y mujeres, que, por turno, cuidaban el ganado del pueblo, que pasaba buena parte del año en aquellos pastos de altura.

Al llegar a Ombellina, Jabo, el viejo mastín, se acercó a él con su trote lento y pesado y sus ladridos despertaron a Eliseo. Estaba ya bien avanzada la tarde cuando los dos hombres se saludaron. Mientras Tomás reponía fuerzas tras la larga caminata, las sombras de las hayas avanzaban por la pradera, que resplandecía bañada por el tibio sol de abril. Eliseo se sentó a su lado, se le veía inquieto, con ganas de hablar. Por fin, se decidió a hacerlo.

- No sé, Tomás, no sé. Creo que nos estamos equivocando. El otro día la cuadrilla de Aparicio taló cuarenta robles así de anchos —y Eliseo extendía los brazos hacia delante, haciendo el círculo más grande de que era capaz-. Y, ¿para qué? Pues para venderlos a una empresa de la capital. Sí, ya sé, las cosas están mal, la ganadería da poco dinero y la gente tiene que buscarse la vida. Pero el bosque... Si acabamos con el bosque, ¿qué va a ser de nosotros? Lo nuestro no son los negocios, de eso no sabemos nada. Lo nuestro es esto —y volvía a extender sus brazos como queriendo abrazar cuanto abarcaba con la mirada -, las vacas, las cabras, el monte, los árboles...

Eliseo era un hombre callado, pero cuando hablaba lo hacía con vehemencia, convencido de la importancia que tenía que los demás entendieran sus ideas. Se quedó pensativo durante unos momentos con la mira-

da clavada en un herrillo que revoloteaba nervioso entre las ramas de un espino. Se le notaba triste.

- Además, -añadió- cuando la gente hace algo de dinero se va a la ciudad, y los que no sacan ni un duro, también. Ya nadie quiere esta vida y mucho menos los jóvenes. Dentro de unos años, Tomás, no quedará ni gente en el pueblo ni árboles en el bosque. Pasará lo mismo que con los urogallos. Ya lo verás. Y si no, al tiempo.

Recordaba muy bien el desconcierto que le provocaron aquellas palabras, un desconcierto que debió traslucirse en su rostro porque Eliseo, siempre parco en palabras, se sintió en la obligación de continuar hablando.

- Hará veinte años, había por lo menos cuatrocientos entre el bosque Fonfría y las umbrías de Solallomba; en las amanecidas de abril y mayo, el canto del urogallo se escuchaba por todas partes. La gente pensaba que no se iban a acabar nunca. En primavera, todos los fines de semana venían cazadores, incluso extranjeros, que pagaban muy bien la pieza cobrada. Anselmo, que conocía muchos cantaderos, les llevaba hasta allí de madrugada.- Eliseo se puso de pie y caminó sigilosamente hacia el linde del bosque como si un magnífico urogallo estuviera detrás de los primeros plantones de haya-. Cuando el gallo macho comienza su cortejo se olvida de los peligros y es fácil sorprenderle. Hoy no quedarán más de tres parejas en el bosque Fonfría. ¿Y todo para qué? Pues para nada. El pueblo es hoy tan pobre como hace veinte años, y, además, no tiene futuro. Cada vez viene menos gente porque hemos terminado con muchas cosas como los urogallos.

Tras la puesta de sol, la arrebolada inundó de color el sinuoso horizonte que se divisaba desde la majada, mientras todo lo demás, el bosque, el camino, el río, se desvanecía, poco a poco, en la oscuridad.

Los dos hombres entraron en la cabaña, encendieron la chimenea y cenaron en silen-



cio. De vez en cuando, Tomás miraba disimuladamente el semblante grave de Eliseo. Las arrugas que surcaban su rostro parecían más profundas a la vacilante luz de las velas, cuyas llamas se reflejaban en los ojos vivarachos de aquel hombre que hoy parecía estar especialmente apesadumbrado, resignado ante la inminencia de acontecimientos inevitables que cambiarían el rumbo de sus vidas. Tomás hubiera querido decir algo para animarle, para arrancarle un esbozo de sonrisa. Pero el aspecto circunspecto de Eliseo le impresionó y permaneció callado. Del bosque, como un augurio, llegaba la lúgubre llamada del búho. Cuando terminaron de cenar, Eliseo se fue a dormir, pero Tomás, a pesar de la helada que empezaba a caer, salió a la pradera.

- Las estrellas de abril son las que más relucen -le solía decir su abuela-. Si vas a la majada en abril, mira por la noche el cielo, verás en el centro al caballero de la espada.

Tomás miró hacia arriba y allí estaba, como siempre, el caballero con su espada, rodeado por tantas estrellas que resultaba imposible contarlas. Con las manos en los bolsillos para hacer más llevadero el frío que ya se dejaba notar, caminó lentamente por la vega. De repente se apercibió de algo extraño. El viento estaba en calma y el ruido del agua al correr era el único sonido de la noche, ni siquiera se escuchaba el tintineo de las esquilas. Por unos instantes, tanto silencio le estremeció: tuvo la sensación de que él era la única criatura viva en muchos kilómetros a la redonda. Permaneció inmóvil apoyado en unas rocas, esforzándose, sin éxito, por percibir, entre el borboteo del agua,

algún sonido familiar, hasta que los oídos empezaron a zumbarle. Miró angustiado a su alrededor y la negra quietud del bosque le asustó ¿Estaría Eliseo en la cabaña? Corrió precipitadamente temiendo lo peor, pensando en las palabras de su amigo, en sus tristes presagios... En su alocada carrera trastabilló varias veces y estuvo a punto de caer; entonces, un ruido a su espalda quebró la ominosa calma de la pradera: un corzo avanzaba a grandes saltos, buscando refugio en la broza. Su fugaz presencia le tranquilizó. “¡Bah! Esto me pasa por escuchar los cuentos de Eliseo” pensó mientras se reía de sí mismo “Este Eliseo es un exagerado. En el pueblo, ya nadie le hace caso. Siempre con la misma cantinela de los bosques, los ríos y todo eso. Lo que ocurre es que no entiende que tenemos que progresar. ¿Qué daño puede hacerle al bosque que se talen unos cuantos robles con los que hay?”

De amanecida les despertó el canto del urogallo. Los dos hombres se miraron sorprendidos porque ese sonido no era ya demasiado habitual, y durante un buen rato permanecieron en silencio, atentos a la llamada nupcial del gran gallo de monte, que estaba otra vez (todavía, diría Eliseo) pavoneándose ante las hembras en su rincón secreto.

Después, Eliseo se marchó al pueblo. “Con su andar ligero, en dos horas llegará”, pensó Tomás, mientras la figura de su amigo, cada vez más diminuta, se perdía ladera abajo. Durante una semana, Tomás se quedó solo en Ombellina cuidando el ganado. En todo ese tiempo no pudo quitarse de la cabeza las palabras de Eliseo ¿Y si tenía razón y el pueblo acababa por desaparecer? ¿sería cierto que casi habían desaparecido los urogallos? porque, de ser así, ¿por qué no podía ocurrirle lo mismo al pueblo? Y entonces ¿qué sería de él que lo único que sabía hacer era cuidar del ganado? Tomás se hacía estas preguntas casi constantemente, tratando de desvelar un futuro inquietante y lleno de incertidumbre. Hasta que, finalmente, el

último día de su estancia en Ombellina, llegó al convencimiento de que Eliseo no podía tener razón: “¿Acaso no habían oído el canto del urogallo? Los urogallos seguirán estando siempre en el bosque: ni ellos ni el pueblo van a desaparecer”. Y así, más tranquilo, Tomás regresó al pueblo y no le volvieron a preocupar las ideas de Eliseo, ni éste, cada vez más triste y silencioso, le volvió a hablar de ellas.

Ahora sabía lo equivocado que estaba. Lo equivocados que estaban todos en el pueblo, salvo Eliseo. Todo había cambiado: la espadaña de la iglesia, maltrecha y sin campanas, anunciaba a los cuatro vientos la ruina del pueblo. A su lado estaba la casa del tío Fadón, con las ventanas desvencijadas y la puerta a medio caer. Tomás alzó la vista para ver, por encima de su tejado hundido, el aspecto desolado que presentaba la ladera pelada del monte Llambriago. Sólo los tojos medraban en lo que antes había sido un frondoso robledal.

Una larga traca de disparos le sobresaltó. Venía de la Valleja Honda. Los ladridos frenéticos de la jauría llegaban hasta el pueblo entrecortados por las ráfagas heladas del viento, que había vuelto a arreciar. Se apresuró para llegar hasta el chozo de Mura y, desde allí, regresó. Llegó al pueblo al mismo tiempo que los cazadores.

- ¡Ha sido estupendo! –gritaba alborozado Juan mientras entraba en el pueblo enca-

bezando la cuadrilla-. ¡Hemos matado quince verracos! ¡Sólo escapó un viejo macho!

Los cuerpos sin vida de los jabalíes, atados con cuerdas de las que tiraban penosamente los cazadores, dejaban en la nieve un surco profundo y ensangrentado.

Tomás, sin prestar atención a lo que estaba sucediendo, siguió su recorrido habitual por las calles de la aldea, alejándose del bullicio. Ya en su casa, contempló la plaza desde la ventana. Allí seguían los cazadores festejando su hazaña. Hasta ellos se había acercado Enrique, su vecino, que miraba con tristeza los cuerpos de los jabalíes, mientras Juan, a su lado, parecía explicarle, con pelos y señales, todas las peripecias de la cacería.

Sí. Todo había cambiado: el pueblo, que se desmoronaba lentamente, un poco más cada invierno; el monte, diezmado por el hacha y la sierra mecánica; Juan, que ya no era aquel muchacho tímido que apenas se atrevía a pronunciar palabra; el canto del urogallo, que, enmudecido por completo, hacía muchos años ya que había dejado de alegrar las madrugadas primaverales. Él mismo había cambiado, ya no era aquel muchacho alegre que cumplía con entusiasmo su turno en la vecería. Ahora era un hombre viejo y cansado que había perdido a sus amigos: Eliseo, Dolores y muchos más. Y que veía, desde su profunda soledad, cómo su universo se caía a pedazos.

Las nubes se apelonaban en la sierra del norte y empezaban a rebasar sus cumbres más bajas. Pronto volvería a nevar.

En el interior del hayedo, las bañas de barro permanecían en silencio.

Desde el fondo del breña, la mirada angustiada del viejo jabalí se volvió hacia la aldea. Allí estaban su enemigo y sus hermanos muertos. Después, continuó solo su marcha ladera arriba hasta desaparecer en la niebla, espesa y fría, que se precipitaba veloz hacia el valle.

ARTURO DEL BOSQUE

